

# **EL PASO HONROSO**

DE

## **DON SUERO DE QUIÑONES**

Célebre Caballero Leonés

EN EL

**PUENTE DE ORBIGO, EN 1434**

Relación del célebre Paso de Armas

ESCRITA POR

**Clemente Bravo Guarida**

**SEGUNDA EDICION**

Ha sido hecha por "EL DIARIO DE LEON" para conmemorar el quinto centenario de tan famoso hecho de armas.

1934

IMPRENTA CATOLICA

Pablo Flórez, núm. 20

LEON

G-F 12171



DGCL  
A

# EL PASO HONROSO

DE

## DON SUERO DE QUIÑONES

Célebre Caballero Leonés

EN EL

### PUENTE DE ORBIGO, EN 1434

Relación del célebre Paso de Armas

ESCRITA POR

**Clemente Bravo Guarida**

SEGUNDA EDICION

Ha sido hecha por "EL DIARIO DE LEON" para conmemorar el quinto centenario de tan famoso hecho de armas.

1934  
IMPRESA CATOLICA  
Pablo Flórez, núm. 20  
LEON

C. 1214486  
t. 143150

# EL PASO HORROSO

DE

## DON SUERO DE QUIÑONES

Célebre Caballero Leonés

EN EL

### PUENTE DE ORBIGO, EN 1434

Relación del célebre Paso de Armas

ESCRITA POR

## Clemente Bravo Guarida

SEGUNDA EDICION

Ha sido hecha por "EL DIARIO DE LEON" para conmemorar el quinto centenario de tan famoso hecho de armas.

1934  
IMPRESA CAYULCA  
Pablo Páez, s/n. 29  
LEON



R 132491

5  
151/182  
f. 143430

## Al Lector:



*NO es raro, sino muy frecuente, entre los leoneses, el desconocimiento de sus glorias.*

*A combatirlo ha dirigido parte de sus esfuerzos «EL DIARIO DE LEÓN» desde el día en que hizo su aparición en el palenque de la Prensa.*

*Estamos hoy ante una figura, personificación neta de una época gloriosa, admirada por propios y extraños.*

*Todos han oído hablar del celeberrimo PASO HONRROSO que mantuvo D. Suero, en 1434, en el Puente del Orbigo. Todos han oído hablar de él, pero no son tantos los que saben con precisión en que consistió.*

*Ahora que León se prepara a conmemorar, lo más dignamente que pueda, el famoso hecho de armas, nos ha parecido ocasión oportuna para dar unas cuantas noticias a nuestros lectores sobre esta gloria leonesa.*

*Afortunadamente no nos ha sido necesario rebuscar mucho. Había en nuestro poder un ejemplar de la magnífica «relación» que hizo el malogrado literato D. Clemente Bravo, en 1892, con ocasión de la «Exposición Regional Leonesa», relación escrita expresamente para LA ESCUELA y publicada en el folletín de este periódico.*

*Para contribuir con nuestro modesto concurso a la obra de divulgación de esta gloriosa figura, nos ha parecido de perlas reproducir este folleto, que muy pocos leoneses de hoy tienen.*

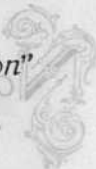
*Al lado de otros, meritísimos, que tenemos noticia se*

han de publicar, será éste una perla más con que formemos la corona de gloria que en este quinto centenario debe ceñir la memoria inmortal de D. Suero.

Si te agrada, lector, atribuyelo a la valía del fallecido literato. Si, lo que no creemos, dejara de satisfacerte, achácalo a nuestra impericia en la manera de presentarlo.

### La Redacción de "El Diario de León"

Al lado de otros, meritísimos, que tenemos noticia se  
leones de hoy tienen.  
recto de perlas reproducir este folleto, que muy pocos  
obra de divulgación de esta gloriosa figura, nos ha pa-  
Para contribuir con nuestro modesto concurso a la  
rédico.  
LA ESCUELA y publicada en el folleto de este pe-  
Regional Leonesa», relación escrita expresamente para  
mente Bravo, en 1892, con ocasión de la «Exposición  
nífica «relación» que hizo el magistrado literato D. Cle-  
mucho. Había en nuestro poder un ejemplar de la mag-  
Afortunadamente no nos ha sido necesario repusar  
noticias a nuestros lectores sobre esta gloria leonesa.  
ha parecido ocasión oportuna para dar unas cuantas  
dignamente que pueda, el famoso hecho de armas, nos  
Ahora que León se prepara a conmemorar, lo más  
tantos los que saben con precisión en que consistió.  
del Origo. Todos han oído hablar de él, pero no son  
RROSO que mantuvo D. Suero, en 1334, en el Puente  
Todos han oído hablar del célebrimo PASO HON-  
nos.  
de una época gloriosa, admirada por propios y extra-  
Estamos hoy ante una figura, personificación neta  
su aparición en el palenque de la Prensa.  
ros «EL DIARIO DE LEÓN» desde el día en que hizo  
A combatirlo ha dirigido parte de sus esfuer-  
ses, el desconocimiento de sus glorias.  
O es raro, sino muy frecuente, entre los leone-





ENTRE las fiestas y distracciones que el pueblo de León ofrecerá a los forasteros que visiten la *Exposición Regional Leonesa*, que habrá de ser inaugurada en 20 de Septiembre del presente año de 1892, figurará, como una de las más notables, una gran «cabalgata histórica», en conmemoración del célebre paso de armas mantenido en el puente de Orbigo, en 1434, por el esforzado caballero leonés D. Suero de Quiñones, y conocido comunmente con el nombre de *Paso honroso*.

Amantes nosotros de las glorias leonesas y ganosos de la mayor popularidad y difusión de las hazañas y hechos heroicos de nuestros antepasados, nos proponemos, aprovechando la ocasión que nos ofrece el anuncio de la conmemoración del citado *Paso*, describir en breves páginas esta caballerescas aventura; a fin de contribuir con nuestro modesto trabajo a la divulgación de un suceso curiosísimo de nuestra historia, el más original y característico entre todos sus similares y muy interesante como dato para el estudio y conocimiento de la época en que se realizó.

Estos son los motivos en que nos hemos inspirado para dar a luz la presente relación histórica.

... una perla más con que for-  
... gloria que en este quinto centena-  
... memoria inmortal de D. Suero.

Se le agrade, lector, atribuyelo a la valla



Entre las fiestas y distracciones que el pueblo de  
Leon ofrece a los forasteros que visitan la  
Exposición Regional Leonesa, que habrá de ser  
inaugurada en 30 de Septiembre del presente año de  
1892, figurará, como una de las más notables, una gran  
«catedral histórica», en conmemoración del célebre  
paso de armas mantenido en el puente de Oropisa, en  
1434, por el esforzado caballero leonés D. Suero de  
Quiñones, y conocido comúnmente con el nombre de  
Paso honroso.

Antes nosotros de las glorias leonesas y ganosos  
de la mayor popularidad y difusión de las hazañas y  
hechos heroicos de nuestros antepasados, nos propo-  
nemos, aprovechando la ocasión que nos ofrece el anun-  
cio de la conmemoración del citado Paso, describir en  
pocas páginas esta caballerescas aventuras; a fin de con-  
tribuir con nuestro modesto trabajo a la divulgación de  
un suceso curiosísimo de nuestra historia, el más origi-  
nal y característico entre los sus similares y muy in-  
teresante como dato para el estudio y conocimiento de  
la época en que se realizó.

Estos son los motivos en que nos hemos inspirado  
para dar a luz la presente relación histórica.



# EL PASO HONROSO

DE

## D. Suero de Quiñones

«En Orbigo triunfando, eterna fama  
logró y el premio de su honesta llama.»

*Duque de Rivas*



Las páginas de la historia de León, páginas gloriosas, incomparables, llenas están con los relatos de extraordinarias empresas, acometidas con denuedo y a cabo llevadas con singular fortuna por nuestros heroicos antepasados; hombres siempre dispuestos a dar sus vidas por la Religión y la Patria amadas, a aceptar sin reparos toda suerte de sacrificios, con tal de mantener incólume, sin la más leve mancha, el honor, la prenda más estimada de los caballeros.

Y no en el campo de batalla, frente a frente del osado enemigo, fué sólo donde glorias inmarcesibles y triunfos de imperecedero recuerdo alcanzó el genio leonés: fué en la virtud, fué en la ciencia, fué en el arte, fué en el trabajo, fué en el amor, fué en la paz y en la guerra, en el silencio del claustro y en el estruendo del combate, en el taller y en el torneo, blandiendo la espada y manejando la pluma... en todas las esferas de la actividad y en todas las épocas de la historia, donde el leonés ganoso de gloria y renombre para su país querido, conquistó laureles y alcanzó soberbios triunfos que, en

alas de la fama llevados, publicaron por el orbe entero el nombre esclarecido de los hijos de León. Y aún hoy, cuando el polvo de los siglos que fueron y se derrumbaron en los abismos de la eternidad ha enterrado a tantas generaciones de hombres cuyos nombres tan siquiera recordamos, surgen de entre las ruinas informes de lo pasado, y a la memoria no ya de sus paisanos, sino de todos los españoles vienen, y a la consideración del mundo se ofrecen como dechados de virtud, de heroísmo, de ciencia y de hidalguía, los nombres inmortales de los Marcelos, Alfonsos, Guzmanes, Osorios, Quiñones, Cansecos, Gatinos, Ponces, Galvanes, Arfes, Lorenzanas, Rebolledos, Maldonados, Castañones, Ferreras, Islas, Sarmientos... y tantos y tantos otros cuya lista ocuparía volúmenes enteros.

Con tal copia de varones ilustres, por tan diversos títulos esclarecidos ¿cómo no han de contar los anales leoneses con glorias alcanzadas en todas las épocas y en todos los órdenes de la humana actividad? ¿Cómo no hallar en los fastos de nuestra particular hermosa historia, hechos con que—según la frase de un moderno cronista leonés—se vean ensalzados ora el valor guerrero, ya las virtudes cívicas, las ciencias, las artes, el heroísmo y la caballería, hasta tocar los límites de lo prodigioso?

Así, en efecto, sucede; y si a probar fuéramos este aserto, en todas sus partes, necesitaríamos escribir la historia entera de León: una verdadera epopeya. Pero para muestra de lo que el genio leonés ha sido y de los grandes alientos con que los hijos del pueblo de Ordoño II han acometido siempre las más nobles y arriesgadas empresas, bastará ofrecer al lector al relato de una amosa aventura en que fué protagonista un leonés valiente; de un suceso raro en las historias de los pueblos, curioso, original y entre todos sus parecidos y similares el primero y más característico por sus especiales con-

diciones, suceso el más memorable que registran los anales caballerescos y que se ofrece como dato importante, como símbolo precioso, al historiador que se ocupa atentamente en el estudio de las costumbres de la sociedad del siglo xv, del carácter de la civilización propia del régimen feudal de aquella edad.

Nos referimos al célebre *Paso honroso* del Puente de Órbigo, defendido por el intrépido y enamorado caballero leonés D. Suero de Quiñones y sus nueve jóvenes compañeros. Suceso tan extraordinario, aventura de tan colosales proporciones, tan rica en incidentes y detalles, tan solemne, tan aparatosa, y transmitida a la posteridad por la tradición y la crónica con tal lujo de pormenores, que a no testificar graves documentos irrecusables de la certeza de cuanto en el *Paso* es fama que aconteció, tendríamos el suceso por fabuloso, digno de figurar en los libros de caballería, al lado de las inauditas hazañas de los Amadises, Esplandianes, Tirantes, Palmerines y demás imaginarios caballeros andantes que recorrieron el mundo en busca de aventuras y enredos de lides y amor.

La escena del *Paso honroso*, que vamos a describir, acaeció en el año 1434, reinando en Castilla Don Juan II, el rey poeta, de quien Fernán Pérez de Guzmán dice, en sus *Generaciones y Semblanzas*, que «era hombre que hablaba cuerda y razonadamente, e había conocimiento de los hombres para entender cuál hablaba mejor, e más atentado e más gracioso». Y que «placíale oyr los hombres avisados y notaba mucho lo que de ellos oya: sabía hablar y entender latín, leía muy bien, plazíanle mucho libros e hystorias, oya muy de agrado los decires rimados, e conocía los vicios dellos: había gran placer en oyr palabras alegres e bien apuntadas, e aun él mismo las sabía bien dezir». Y por último que «sabía del arte de la música, cantaba e tañía bien». E aún justaba bien, en juego de cañas

se había bien». Condiciones de carácter e instrucción del rey, que no a destiempo y sin objeto hago notar pues por ellas podremos explicarnos en algún modo cuál sería la ocupación y cuáles los usos, gustos y sentimientos de la corte de aquel rey que, para con más libertad entregarse a los gratos placeres de la poesía y de la música y a las fiestas de cañas y torneos a que entonces eran tan aficionados los caballeros, abandonó en manos del célebre favorito D. Alvaro de Luna todos los negocios del Estado.

En medio de una corte como la de D. Juan II, afeminada, dada al lujo y al placer, a los festines y espectáculos costosísimos, donde se ostentaba la mayor esplendidez en galas y atavíos y en que los caballeros hacían soberbio alarde de generosidad, gallardía y gentileza; en medio de una corte de trovadores, músicos y juglares; donde los favoritos se recomendaban y ganaban la privanza del rey por su habilidad en el canto o en la danza; por su ostentación y destreza en los torneos..... porque estas «eran las dotes más estimadas para príncipes que presumían de cantar con gracia; de tañer con soltura y de justar con gallardía», como dice un moderno historiador, el anuncio de una fiesta caballeresca de las extraordinarias proporciones de la proyectada por D. Suero era, por decirlo con frase gráfica y expresiva, miel sobre hojuelas. Era una pretensión la del caballero leonés muy ajustada a las condiciones y caracteres de la civilización de la época. Por eso obtuvo desde luego favorable acogida en la Corte, y el aplauso entusiasta del pueblo.

II



UNA de las costumbres características de la época a que nos venimos refiriendo era el reto, citación o provocación a desafío, a batalla, duelo o singular combate, empleado por diversos motivos y bajo distintas formas, caracteres y condiciones. Ora se usaba, con el nombre de *empresa*, como medio caballeresco de ganar fama y prez corriendo por el mundo extrañas aventuras, desafiando por carteles a los caballeros que con el retador quisieren medir sus armas y el esfuerzo de su brazo y protestando hacer confesar a todos que la dama del valiente provocador era la mujer más hermosa que en el mundo había: el bizarro Juan de Merlo y otros muchos caballeros andantes españoles se hicieron famosos asistiendo a todas las grandes fiestas de cañas y a todos los torneos de las cortes de Europa, corriendo a las lizas a luchar con quienquiera que se presentase. Ora, empujados por el sentimiento religioso, tan exaltado en una época como aquella en que España era teatro de la lucha más tenaz y formidable que vieran los siglos, entre enemigas razas que combatían invocando cada una a distinto Dios, los caballeros cristianos, o los moriscos, retaban solemnemente a sus odiados adversarios: es famoso, entre los de esta clase, el reto que lanzó, y que pagó tan caro, el gran maestre de Alcántara Martín Yañez Barbudo, anunciando al rey moro de Granada que iría a combatirle en duelo de ciento contra doscientos y de mil contra dos mil, hasta obligarle a confesar ser falsedad e impostura la religión de Mahoma y sólo verdadera la fe de Jesucristo. Otras veces, por hacer alarde un caballero de su brío y su destreza, se obligaba, por amor y en obsequio a su dama, a defender un paso, oponiéndose con las armas a

quien cruzar por allí intentase; que no podía hacerlo sin antes justar con el mantenedor: tomaba entonces el reto el nombre de *Paso de Armas*, y es célebre, en los anales caballerescos, el que a las puertas de Madrid sostuvo, a presencia de los reyes, D. Beltrán de la Cueva. Ya, por último, se empleaba para pública expiación de un agravio, o en cumplimiento de una penitencia impuesta a un caballero por la dama que le tenía en esclavitud y le negaba su amor y sus favores hasta que los ganase y mereciese rompiendo lanzas con todo el que, preciándose de esforzado caballero, combatir quisiere en singular batalla; o hasta que, a fuerza de empresas hazñosas y extraordinarias aventuras, se redimiese de la dura esclavitud en que la altiva dueña le tenía sumido: de este género fué el célebre *Paso honroso* de Suero de Quiñones; el prototipo de los caballeros, que en sí y en su empresa memorable resume y compendia toda una época en que el espíritu caballeresco, audaz, emprendedor, altivo, predominaba (1).

Por eso es el de D. Suero el paso de armas más señalado y más característico de aquellos tiempos; y ni el de D. Beltrán de la Cueva, ni cuantos las historias de la andante caballería registran, puede comparársele en solemnidad, en significación, en aparato y lujo. A León le cupo la honra de ser escenario de tan singular empresa, y a personajes leoneses ocupar el más alto puesto entre los valientes aventureros cuyas hazañas dieron nombre y prez a la enamorada caballería.

La historia detallada y completa de este singular paso de armas fué escrita en el campo mismo, viniendo

(1) Se adoptaba también el reto como medio de prueba: en este sentido, cuando un noble formulaba ante el rey acusación de traición o alevosía contra otro noble, se obligaba a mantenerla con las armas, en el palenque o en el campo. — De esta clase fué el *riepo* que los vizcaínos pidieron a Enrique III que les otorgase, «al modo que en Castilla estaba admitido».

a constituir un verdadero *diario* de la liza, por el notario público de D. Juan II, Pero Rodríguez de Lena, quien a los comienzos de la *Crónica* se declara autor de ella, según estas palabras: «Este es el libro que yo, Pero R. de Lena, escribano de nuestro señor el rey D. Juan.. escribí e escribir fice de los fechos d'armas que passaron en el *Passo*» (1). Esta crónica fué compilada después por el franciscano fray Juan de Pineda, a cuya fuente acudiremos cuando hayamos menester extractar o copiar textualmente algún documento referente al *Paso*. Otros escritos de la época no existen, o no se conocen, más que el citado de Lena, que pudiéramos llamar *acta oficial*. Posteriormente tampoco se han hecho monografías o trabajos especiales referentes a la empresa de D. Suero, a no ser un poema en cuatro cantos, del Duque de Rivas, D. Angel Saavedra, titulado *El Paso Honroso*, y que se encuentra en el tomo I de las «Obras completas» del celebrado autor del *Moro expósito* (edición Montaner y Simón, 1834.) Todas las noticias que en historias y novelas se dan de la famosa escena caballeresca del puente de Orbigo, están tomadas de la *Crónica del Paso*.

### III

**E**RA D. Suero de Quiñones caballero de noble alcurnia: hijo del Merino mayor de Asturias don Diego y de D.<sup>a</sup> María de Toledo, vino al mundo en León hacia el año 1409. Recibió una educación es-

(1) Los autores de Historia de la literatura española, citan con encomio esta crónica al hablar de las de «sucesos particulares» del reinado de D. Juan II—Ticknor (*Historia de la Literatura española-t. I, c. 10*) incurrió en algunas equivocaciones acerca del número de encuentros habidos y de lanzas quebradas en el *Paso*. (1)

merada, como cumplía a su rango, y entró de muy joven al servicio del famoso condestable de Castilla don Alvaro de Luna. Poco tardó en hacerse notar por sus relevantes prendas y en adquirir fama de galanteador en la Corte y de valiente en el combate, pues asistió a la batalla de Sierra Elvira, o de la Higuera, distinguiéndose por su gran arrojo y bizarría.—Tres años después de este suceso aconteció la escena del Paso.

Habíase enamorado D. Suero de una joven de extraordinaria hermosura, que los escritores nombran doña Leonor. Altiva y desdenosa por demás mostróse la dama en cuantas ocasiones oyera los requiebros y galanteos de su rendido adorador. Ni los blasones de don Suero, ni sus prendas personales, ni la fama de valiente que en arriesgadas empresas, por amor a D.<sup>a</sup> Leonor acometidas, se había conquistado, ni las tiernas súplicas de un corazón tanto más enamorado cuanto peor correspondido, lograron mover a la orgullosa dama, que más ingrata y más esquiva se mostraba cada vez. Tanto desdén no servía sino para inflamar con más abrasadora llama el pecho del caballero, que impulsado se sentía, por merecer siquiera una mirada de D.<sup>a</sup> Leonor, a los más heroicos y hazañosos hechos. Oigamos al mismo D. Suero, en cuya boca pone el Duque de Rivas estas palabras (habla delante del Rey) (1):

«Cual es en todo el mundo voz y fama  
Tengo, señor, rendido el pecho mío  
A una soberbia desdenosa dama,  
Que paga mis amores con desvío »

.....  
.....

«Por servirla, en la guerra de Granada  
Como sabeis, señor, lidié desnudo  
El brazo diestro, que la noble espada

---

(1) *El Paso Honroso.—Poema, Canto primero.*



Manejar de este modo mejor pudo:

Allí en obsequio de mi ingrata amada

Hendí el turbante y destrocé el escudo

De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza

Humilló su denuedo y su pujanza.»

«Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones

Que en honra suya y gloria del Estado

Ejecuté, siguiendo tus pendones

Con duro pecho y brazo no cansado,

Ni mi constante amor ni mis razones

Trastornar pueden mi siniestro hado;

Pues mi bella enemiga tiene el pecho

De helada nieve y duro mármol hecho.»

Viendo cuán vanos eran sus esfuerzos y cuán inútiles sus sacrificios para obtener de la ingrata beldad que adoraba una frase que le hiciere concebir la esperanza de ver algún día correspondidos amor y constancia tan grandes, juró reconocerse esclavo de la hermosa, y llevar todos los jueves, en honra de ella y signo de esclavitud, una cadena de hierro al cuello; hasta hacerse merecedor del rescate y libertad y lograr el amor de la altiva señora de sus pensamientos. Público alarde hizo D. Suero de su penitencia por las calles de la corte: en fiestas y regocijos apareció siempre llevando la argolla, cuya empresa era: *Librarme de ella quiero*. Notorio se hizo en Castilla tanto rendimiento del caballero y tanto desdén de la dama. Mas ésta no se ablandaba, y don Suero, impaciente, más que nunca prendado de su ingrata dueña, desea y resuelve salir de aquella situación, y con una aventura extraordinaria, inaudita, lograr su libertad y conmover a la dama. De aquel modo no podía seguir; pues la penitencia llevaba trazas de ser eterna. Desde que hiciera el juramento—había D. Suero (1):

(1) Poe. citado.—Canto primero. XV.

«Cuatro veces... la selva umbrosa  
Se vió de flores y verdor cubierta,  
Y otras tantas la escarcha rigurosa  
Mustio el prado dejó, la fuente yerta;  
Y siempre hallé a mi dama desdenosa,  
Firme mi amor y mi esperanza muerta;  
Y al verme de este modo aprisionado,  
Mi libertad por fin he concertado.»

Al efecto, se obliga a defender un paso contra todos los caballeros del mundo, durante treinta días; y pone como precio de su rescate «trescientas lanzas rompidas por el asta, con fierros de Milán.» Para llevar a cabo su empresa, preséntase con sus compañeros al rey, en solicitud de licencia para justar.

Hallábase D. Juan II en su palacio de Medina del Campo, rodeado de toda la corte, donde se encontraban la esposa del rey, D.<sup>a</sup> María y el heredero del trono de León y Castilla D. Enrique; el Condestable D. Alvaro de Luna, «e con assaz de muchos otros omes ilustres, Prelados e caballeros.» Era el viernes, 1.<sup>o</sup> de Enero de 1434 «A la primera hora de la noche poco más o menos» y cuando la corte celebraba espléndida fiesta,

«Y en el salón con gala y alegría  
Música y danza y gran concurso había.»

déjase oír el son de guerrera trompa, y en pos de cuatro heraldos aparece «el honorable caballero D. Suero de Quíñones con los otros nueve caballeros e Gentil-omes... armados todos en blanco.»

«El rey atento y todos admirados  
Fijan los ojos en los diez armados.»

Destacándose del grupo uno de ellos, alza la visera, dejándose ver el rostro juvenil de D. Suero—que contaba pocos más años de 20—; y acompañado del faraute

*Avanguardia*, «muy discretamente e con muy humilde reverencia llegó adonde el señor rey sentado estaba, e besándole pies e manos...» le presentó la «petición» en que solicitaba el permiso y beneplácito del monarca para acometer la empresa de su rescate. El faraute nombrado leyó el documento, que iba redactado en los términos siguientes:

«Deseo justo e razonable es, los que en prisiones, o fuera de su libre poder son, desear libertad; e como yo vasallo e natural vuestro sea en prisión de una señora de gran tiempo acá, en señal de lo cual todos los jueves traigo a mi cuello este fierro, segund notorio sea en vuestra magnífica corte e reynos e fuera dellos por los farautes, que la semejante prision con mis armas han llevado. Agora pues, poderoso señor, en nombre del Apostol Sanctiago yo he concertado mi rescate, el cual es trecientas lanzas rompidas por el asta, con fierros de Milán, de mí e destes caballeros, que aquí son en estos arneses, segund mas complidamente en estos capítulos se contienen, rompiendo con cada Caballero o Gentilome que allí verná, tres, contando la que fisciere sangre, por rompida en este año, del cual hoy es el primero día. Conviene saber, quince días antes del Apostol Sanctiago, abogado e guiador de vuestros súbditos, e quince días después, salvo si antes deste plazo mi rescate fuere cumplido. Esto será en el derecho camiro por donde las más gentes suelen pasar para la cibdad donde su sancta sepultura está, certificando a todos los Caballeros e Gentiles-omes estrangeros que allí se fallaran arneses, e caballos, e armas, e lanzas tales, que cualquier caballero ose dar con ellas, sin temor de las quebrar con pequeño golpe. Y notorio sea a todas las Señoras de honor, que cualquiera que fuere por aquel lugar do yo seré, que si non llevare caballero o Gentilome, que faga armas por ella, que perderá el guante de de la mano derecha. Más lo dicho se entienda salvando

dos cosas: que vuestra Majestad Real non ha de entrar en estas pruebas, ni el muy magnífico señor Condestable D. Alvaro de Luna.»

«...Cual sorda suena  
Al blando soplo del apacible viento  
La verde pompa de la selva amena»,

así rumor confuso de apagadas voces surge y crece, propagándose por el rico salón de la corte ilustre de D. Juan oyera admirada y suspensa la lectura de tan extraño documento, al terminar el faraute su cometido. Murmullos y exclamaciones de sorpresa y frases de entusiasmo se escuchan, que a los circunstantes arranca la vista de los diez armados y el anuncio de magna aventura conque el enamorado Quiñones rescatarese intenta de la esclavitud en que le tiene su desdeñosa dama. Tanta bizarría, denuedo y valor tan grandes en pechos no avezados quizás—porque se susurra entre los cortesanos que hay campeones casi niños—a bravas lides, maravilla y pasma al noble concurso, que impaciente se muestra por conocer a los armados, cuyos rostros escudriñan y curiosean damas y caballeros, heraldos y pages, por entre las mirillas de las celadas, y espera ansioso la respuesta del rey, para ver cómo termina aquel inesperado suceso, y si, accediendo el monarca a la pretensión de D. Suero, otorgarle se digna el permiso que solicita para justar.

El rey D. Juan, a aventuras y lances caballerescos aficionado, holgóse mucho de la relación de Quiñones y de sus propósitos; que levantados y nobles eran, como esperarse debía de tan pundonoroso caballero. Más lo inesperado de la ocurrencia y la magnitud de la empresa anunciada, suspendieron por un momento el ánimo del monarca y le hicieron dudar, y andar de uno en otro pensamiento vacilante y perplejo, sin decidirse por una resolución. Para allanar el camino y salir de dudas, hu-

bo de entrar en consejo «con los hombres de cuenta que allí había»; y consultado el caso y discutido como era prudente, formuló aquel alto e improvisado tribunal las razones que eran de contarse para conceder el permiso solicitado por los campeones que el esclavizado D. Suero acaudillaba; e hizo al faraute Avanguardia el encargo de publicar delante de la corte la respuesta del rey. Inmediatamente el faraute dió la grida, (1) explicándose en estos términos:

«Sepan todos los Caballeros e Gentiles-omes del muy alto Rey Nuestro Señor, cómo él dá licencia a este Caballero para esta empresa, guardadas las condiciones, que nin el Rey nuestro Señor, nin su condestable éntre en ella.»

Grande alborozo y extraordinaria alegría provocó entre los cortesanos el acuerdo del monarca; y no menos satisfecho quedó D. Suero, que, como al caso convenía, despojado del almete por un caballero «de los que danzaban en la sala», subió al estrado, donde los reyes y el príncipe estaban sentados, y habló así, acatando al monarca y en protestación de gratitud por el consentimiento otorgado a los campeones para la defensa honrosa de un *paso*:

«Muy poderoso señor, yo tengo en mucha merced a vuestra gran alta señoría, otorgarme esta licencia, que yo dispuesto fuí a vos demandar; pues tanto necesaria a mi honor era: e yo espero en el Señor Dios, que yo lo serviré a Vuestra Real Majestad, segund que han servido aquellos donde yo vengo a los poderosos Príncipes de que vuestra esclarecida Majestad descende.»

Acataron al rey los diez armados caballeros, y con-

(1) *Grida*, ant. é inus: grito, voz de alarma, pregón. *Gridar*: pregonar.

cluído a satisfacción de todos el asunto que a D. Suero y sus campeones llevara al palacio de D. Juan, volvió a animarse el concurso con la danza, fiesta y algazara que reunido había a la ilustre corte. Desarmáronse los caballeros, y, vueltos al gran salón, entre el estruendo de clarines y atabales y las exclamaciones y aplausos de los concurrentes, fueron presentándose, para tomar parte en el general regocijo, los compañeros del ínclito caballero leonés, héroe de la anunciada aventura. Allí aparecen, gestiles y bizarros, despojados de sus férreas armaduras, Sancho de Rabanal, en amores afortunado; Diego de Benavides y López Zúñiga, de ilustres blasones herederos; Alvar Gómez, de generoso y valiente reputado entre la gente de armas; Diego de Bazán, cuyo valor y temerario arrojo reconocido fuera en caballerescas lides; Pero de Nava, de fuerzas tales dotado, que él solo se midiera con Hércules mismo; Lope de Aller, perseguidor de tapadas y repartidor de cintarazos a celosos maridos y despechados rondantes; Gómez de Villacorta, gran soldado; y Pero Rios, a quien el bozo apunta apenas, novicio en lides; pero en empresas de amor mil veces afortunado y dichoso.

Aplausos y vítores resuenan al presentarse en la sala los nueve ilustres compañeros de Quiñones, los bizarros caballeros que con éste intentan mantener famoso paso de armas.

No se habla de otra cosa en la corte, que de la extraordinaria empresa que se prepara: los caballeros ponderan la alta bizarría de los campeones; las damas la fortuna de D.<sup>a</sup> Leonor la esquivada, por cuyo amor acomete D. Suero tan singular aventura:

«Unas alaban el amor constante

Del firme y valeroso caballero,

Otras mil le quisieran por amante,

Y todas hablan sólo de D. Suero:

Cuál rendida celebra su semblante,  
Cuál su valor y su ánimo guerrero,  
Y no hay quien por feliz y venturosa  
No tenga a D.<sup>a</sup> Luz la desdeñosa.» (1)

III

Acabada la fiesta que reuniera a la corte en el palacio de D. Juan, y antes de separarse los nobles concurrentes, hizo leer D. Suero los «capítulos» de la empresa anunciada, que después habían de ser divulgados «por toda la christiandad, que andar se podía», para conocimiento de los caballeros que quisieren venir a probar sus armas con los mantenedores del *Paso*. Dichos «capítulos», que contenían las condiciones, fórmulas y reglas a que tendrían que ajustarse los caballeros de una y de otra banda, disputadores y defensores del paso, eran los veintidós siguientes, que así redactados estaban:

«En el nombre de Dios e de la bienaventurada Virgen nuestra señora e del Apóstol Sanctiago, yo Suero de Quiñones, Caballero e natural vasallo del muy alto Rey de Castilla, e de la casa del magnífico señor su Condestable, notifico e fago saber las condiciones de una mi empresa, la qual yo notifiqué dia primero del año ante el muy poderoso Rey ya nombrado: las quales son las que por su orden parecen en los capítulos de yuso escriptos

I

El primero es, que a todos Caballeros e Gentiles-omés, a cuya noticia verná el presente fecho en armas, les sea manifiesto que yo seré con nueve Caballeros que comigo serán en la deliberación de la dicha mi prisión, e empresa en el Passo cerca de la puente de Orbigó, arredrado algún tanto del camino, quince días an-

(1) *Poe. cit. Canto I, XXXII.*

tes de la fiesta de Santiago, fasta quince dias despues, si antes deste tiempo mi rescate non fuere cumplido. El qual es trecientas lanzas rompidas por el asta con fierros fuertes en arneses de guerra, sin escudo, nin tarja, nin mas de una dobladura sobre cada pieza.

II

El segundo es, que allí fallarán todos los Caballeros estrangeros, arneses, caballos e lanzas, sin ninguna ventaja nin mejoría de mí, nin de los Caballeros, que conmigo serán. E quien sus armas quisiere traer, podrálo faser.

III

El tercero es, que correrán cada uno de los Caballeros o Gentiles-omes que ay vinieren tres lanzas rompidas por el asta; contando por rompida la que derribáre caballero; o fisciere sangre.

IV

El cuarto es, que cualquiera Señora de honor, que por allí passáre o a media legua dende, que si non lleváre Caballero, que por ella faga las armas ya devisadas, pierda el guante de la mano derecha.

V

El quinto es, que si dos Caballeros o mas vinieren, por salvar el guante de alguna Señora será rescebido el primero.

VI

El sexto es, que porque algunos non aman verdaderamente, e querrían salvar el guante demas de una Señora; que non lo puedan faser, después que se ovieren rompido con él las tres lanzas.

VII

El séptimo es, que por mí serán nombradas tres Señoras deste Reyno a los farautes, que allí comigo se-



rán para dar fée de lo que passáre: e asseguro, que non será nombrada la Señora, cuyo yo soy, salvo por sus grandes virtudes: e al primero Caballero que viniere a salvar por armas el guante de cualquiera dellas contra mi le daré un diamante.

### VIII

El octavo es, que porque tantos podrían pedir las armas de uno de nos, o de dos que guerdamos el Passo, que sus personas non bastarían a tanto trabajo, o que si bastassen non quedaría lugar a los otros compañeros, para faser armas; sepan todos que ninguno ha de pedir a ninguno, nin ha de saber con quién justa, fasta las armas complidas; mas al tanto estarán ciertos que se fallarán con Caballero o Gentil-ome de todas armas sin reproche.

### IX

El nono es, que si alguno (non empeciente lo dicho) después de las tres lanzas rompidas quisiere requerir a alguno de los del Passo señaladamente, envíelo a descir, que si el tiempo lo sofriere, remperá con él otra lanza.

### X

El deceno es, que si algún Caballero o Gentil-ome de los que a justar vinieren, quisiere quitar alguna pieza del arnés de las que por mí son nombradas, para correr las dichas lanzas, o alguna dellas, envíemelo a descir, e serle há respondido de gracia, si el la razón e el tiempo lo sofriere.

### XI

El oaceno es, que con ningún Caballero, que ay viniere serán fechas armas, si primero non disce quien es, e de dónde.

### XII

El doceno es, que si algún caballero, fasciendo las

dichas armas, incurriere en algún daño de su persona o salud (como suele acontecer en los juegos de armas), yo le daré allí recabdo para ser curado también como para mí persona, por todo el tiempo necesario, o por más.

### XIII

El treceno es, que si alguno de los Caballeros, que conmigo se probaren o con mis compañeros, nos fiscièrent ventaja, yo les asseguro a fé de Caballero, que nunca les será demandado por nosotros, nin por nuestros parientes o amigos.

### XIV

El catorceno es, que cualquiera Caballero o Gentiome, que fuere camino derecho de la sancta romería, non acostándose al dicho lugar del Passo por mí defendido, se podrá ir sin contraste alguno de mí nin de mis compañeros, a cumplir su viaje.

### XV

El quinceno es, que cualquiera Caballero que, dexado el camino derecho, viniere al Passo defendido e por mí guardado, non se podrá de ay partir sin faser las armas dichas, o dejar una arma de las que lleváre, o la espuela derecha, só fé de jamás traer aquella arma o la espuela fasta que se vea en fecho de armas tan peligroso, o más que este, en que la dexa.

### XVI

El sexto décimo es, que si cualquier Caballero o Gentiome de los que conmigo estarán, matáre caballo a cualquiera que allí viniere a faser armas, que yo se le pagaré: e si ellos mataren caballo a cualquiera de nos, bástaes la fealdad del encuentro por paga.

### XVII

El decisieteno es, que si cualquier Caballero o Gen-

til-ome de los que armas fiscieren, encontráre a caballo, si el que corriere con él le encontráre poco o mucho en el arnés, que se cuente la lanza deste por rompida, por la fealdad del encuentro del que al caballo encontrare.

### XVIII

El deciocheno es, que si algún caballero o Gentil-ome de los que a faser armas vinieren después de la una lanza o las dos rompidas, por su voluntad, non quisiere faser más armas, que pierda la arma o la espuela derecha, como si non quisiessse faser ninguna.

### XIX

El décimo nono es, que allí se darán lanzas e fierros sin ventaja a todos los del reyno, que llevaren armas, e caballo para faser las dichas armas: e non las podran faser con las suyas, en caso que las lleven, por quitar la ventaja.

### XX

El veinteno es, que si algun Caballero en la prueba fuere ferido en la primera lanza, o en la segunda, tal que no pueda armas faser por aquel día, que después non seamos tenudos a faser armas con él, aunque las demande otro día.

### XXI

El veinte e uno es, que porque ningun Caballero y Gentil-ome dexa de venir a la prueba del Passo con recato de que non se le guardará justicia conforme a su valor, allí estarán presentes dos Caballeros antiguos, e probados en armas e dignos de fée, e dos farautes, que faran a los Caballeros, que a la prueba vernan que juramento Apostólico e homenaje les fagan de estar a todo lo que ellos les mandaren acerca de las dichas armas. E los sobredichos dos Caballeros Jueces e farautes igual juramento les farán de los guardar de engaño,

e que juzgaran verdad, segund razon e derecho de armas. E si alguna dubda de nuevo (allende lo que yo en estos mis capítulos escribo) acaesciere, quede a discreción de aquellos juzgar sobre ello; porque non sea escondido el bien, o ventaja que en las armas alguno fisciére. E los farantes, que allí estarán, darán signado a cualquiera que lo demandare, lo que con verdad cerca dello fallaren aver sido fecho.

## XXII

El veintidoseno capítulo de mi deliberación es, que sea notorio a todos los Señores del Mundo, e a los Caballeros e Gentiles-omes, que los capítulos susodichos oirán, que si la Señora cuyo yo soy, passare por aquel lugar, que podrá ir segura su mano derecha de perder el guante; e que ningun Genti!-ome fará por ella armas, si non yo; pues que en el Mundo non ha quien tan verdaderamente las pueda faser como yo.»

Tales eran las condiciones del anunciado paso de armas. Recibidas con aplauso por los cortesanos, que elogiaban el atrevimiento y bravura de aquellos jóvenes retadores que al mundo entero desafiaban; y aprobadas por el rey, pasóse a leer una «letra» que D. Suro «por más su fecho aclarar o certificar», dió al Rey de armas castellano León, encargado de publicar por todas las cortes de Europa el cartel de desafío. La «letra» decía así:

«León, Rey de Armas, vos direis a todos los Reyes, Duques, Príncipes e Señores, a cuyas señorías vos llegaredes, que como yo haya seido en prisión de una Señora de mucho tiempo acá, e como yo haya concertado mi rescate en trecientas lanzas rompidas por el asta, e como sin ayuda de Caballeros, que conmigo e con mis ayudadores justen non pueda llegar a efecto mi rescate, vos les ofreceis mis ruegos, pidiéndoles por gentileza e por amor de sus Señoras, les plega venir en mi

socorro. E a los dichos Reyes, Duques, e Príncipes e Señores con la reverencia a sus personas debida, suplicareis, que a contemplación mia plega a sus Señoras dar graciosas e otorgar licencia a sus Caballeros e Gentiles-omes, para venir a la dicha mi deliberación. E por que los Reyes, Duques e Príncipes, que en amistad son con el muy alto Rey de Castilla mi Señor, non hayan a enojo la dicha mi empresa ser traída en sus Reynos; vos faredes ciertas a sus señorías, como el Rey mi Señor, viendo el dicho rescate mio non poder ser cumplido de ligero sin compañía de muchos Caballeros e Gentiles-omes, a mi contemplación dió licencia a todos sus naturales, entre los cuales muchos son a mí muy cercanos en debdo. E si allende desto fueredes preguntado por algunos Señores, Caballeros o Gentiles-omes, assi cerca de mi empresa, como de la persona, vos, Rey de armas, los podreis faser ciertos de n.i licencia e de todas las demas cosas, que yo en mis capítulos mando publicar, los cuales por evitar enojo de prolixidad, aquí non escribo.»

Concluído este negocio, a satisfacción de todos, dissolvióse el noble concurso, comentando el suceso y ansiando llegara el dia de las pruebas, despacháronse farrautes y heraldos «por toda la christiandad» para que retasen en nombre de Quiñones a todos los caballeros y diesen a conocer el propósito de aquel y las condiciones de la anunciada empresa.

En tanto, ocupóse D. Suero en buscar armas, caballos y cuanto de necesidad contaba para el mayor lucimiento y esplendor de la fiesta, haciendo con este motivo frecuentes viajes a Valladolid.

IV

Por medio de dilatada llanura que la antigua y famosa ciudad de Astorga señorea, deslízase sonora y mansa la corriente del río Orbigo, cuyas entapizadas márgenes enlaza anchuroso puente. Si hoy páramo triste y solitario, fué aquel campo en otros tiempos, lugar concurrido, do resonaron los cánticos de millares de devotos peregrinos que por visitar el venerando cuerpo de Santiago venían desde lejanos países. El *camino francés*, que atravesaba del Orbigo la inmensa llanura, fué en los siglos de la edad media la vía más importante de España; porque el movimiento de gentes a Galicia era continuo.

Pues este lugar, que a lo lejos cierran los montes, poblados de añosas hayas y fortísimos robles y pinos, de los concejos de Luna, Ordás y Valdellamas (pueblos del señorío de la ilustre casa de Quiñones) fué el elegido por D. Suero para campo de acción, o escenario de su magna empresa caballeresca.

Multitud de obreros con trescientos carros de bueyes, ocuparon la gran llanura; (1) y allí el tráfago, el bullicio, el incesante estruendo de las herramientas pobló los aires; y la hermosa floresta, que junto al camino francés había, quedó en poco tiempo trasformada y desconocida.

Como en el abrasado desierto solitario, mansión eterna de silencio y calma, surge, cual de entre las arenas brotado, aduar moruno, que la fatigada caravana edifica levantando tiendas y fijando lonas, a cuya sombra puedan hombres y camellos descansar; así en la extensa llanura que el Orbigo baña ha aparecido un pueblo; y el viento que antes volaba llevando el rumor de la

---

(1) «Segund la cuenta de Pero Vivas de Laguna, Escribano señalado...»

pompa de la floresta y las dulces notas del gorgear de los pajarillos, resuena ahora con el murmullo incesante de la agitada vida de una población numerosa entregada al trabajo.

Extensa liza de madera, de 146 pasos de largo y «fasta una lanza de armas» de altura, ocupa la gran floresta. Siete cadahalsos se alzan en derredor: «el uno estaba en el un cabo cerca de la puerta de liza, por donde entraba Suero de Quiñones e sus compañeros, para que dende él mirassen las justas, quando ellos non justaban. Adelante estában otros dos cadahalsos, uno enfrente de otro... dende los quales mirassen los caballeros extranjeros, que viniessen a faser armas... Otros dos cadahalsos estaban en medio de la liza, uno enfrente de otro: e el uno era para los Jueces, e para el Rey de armas, e farautes, e trompetas, e Escribanos; y el otro para los generosos, famosos, honrados Caballeros, que viniessen a honrar el Passo. Los otros dos cadahalsos estaban más adelante para otras gentes y para los trompetas e oficiales de los Caballeros e Gentiles-omes que al Passo viniessen» —A cada extremo de la liza había una puerta, con el escudo de los Quiñones «puesto en su vandera levantada en alto»; y se destinaban, una para entrada en la liza de los aventureros, y otra de los mantenedores.

Los antepechos, barreras y corredores de los balconillos y cadahalsos que rodeaban la liza, ostentaban ricas colgaduras bordadas, paños y tapices; banderas con lemas y blasones y profusión de adornos de gran riqueza y valor. Del cadahalso de los jueces pendía un hermoso «pañó francés», sobre el cual debían ser puestas las espuelas de los Caballeros que entraran en la liza, conforme a uno de los capítulos del Paso.

En los alrededores del campo de armas fueron levantadas veintidós tiendas: de ellas, dos estaban junto a la puerta de la liza por donde habían de entrar los aven-

tureros, para que en ellas se vistiesen y armasen, y las demás se destinaban a servir de alojamiento a los Caballeros y oficiales que concurriesen a ver las justas. En medio de las tiendas, armaron una gran sala de madera «fecha de verjas de treinta passos en largo e diez de ancho, toda colgada de ricos paños franceses, e en ella pusieron dos mesas: la una para Suero de Quiñones e para los Caballeros que venían a justar: e la otra para los demás principales Caballeros, que concurrieran a honrar e ver las justas: e en la frontera de la sala estaba un grande e rico aparador: e cabe la sala corría uno de los rios que la floresta cercaban.»

En fin, allí donde antes no se veía ni una cabaña, se edificó en poco tiempo un pueblo; habitado por gran número de personas de todas las clases, oficios y condiciones. Allí había «Reyes de armas, farautes, trompetas e otros menestriales, escribanos, armeros, ferreros, cirujanos, médicos, carpinteros, e lanceros que enastassen las lanzas, sastres, e bordadores, e otros de otras facciones. Cuando llegó el día señalado para dar principio a las justas, la inmensa llanura del Orbigo era un hormiguero donde se agitaba y bullía una gran muchedumbre de gentes de León y Astorga, y de otras poblaciones, que concurría a presenciar tan señalada fiesta. De la corte, de los castillos, de todas partes, vinieron al Paso muchos Caballeros y grandes señores, a todos los cuales «apostó Suero de Quiñones honradamente en algunos lugares cercanos al Paso, que eran de su padre.»

Por último, para indicar a los caballeros el camino del puente de Orbigo «se fizo un faraute de mármol, obra de Nicolao Francés, maestre de las obras de Sancta María de Regla de León: e le assentaron sobre un mármol, bien aderezado de vestidos e de sombrero puesta la mano siniestra en el costado, e tendida la mano derecha facia do iba el camino francés: en la qual



estaban unas letras que decían: *Por ay van al Passo.* Fué puesto este faraute de piedra allende la puente, que dicen de Sanct Marcos de la cibdad de León, en el camino Francés, arredrado quanto sesenta passos de la puente: e fué acabado de poner allí con assaz de costa sábado a diez de julio, que fué el primero día de las justas.»

Concluidos todos los preparativos necesarios, y llegado el primer día de las pruebas, la multitud, ansiosa de presenciar el espectáculo favorito de la época, invadió los alrededores de la liza... Sonaron de pronto clarines y atabales, y viose llegar junto a D. Suero, que acompañado de los Jueces Pero Barba y Gomez Arias de Quiñones junto a la puerta de los mantenedores estaba, al Rey de armas Portugal y al faraute Monreal, que le hicieron saber cómo en el lugar de las pruebas se encontraban tres Caballeros que venían a justar. Holgose mucho D. Suero con la noticia «e más—dice la crónica—oyendo que parecían de grand fecho de armas.»

Al punto comisionó D. Suero al Rey de armas y al faraute para que diesen la bienvenida a los Caballeros y les invitasen a alojarse en la tienda de Quiñones. Aceptaron, e inmediatamente fueron a presentarse a D. Suero, que les recibió «muy de respeto a la puerta de la liza delante de los jueces...»

Hicieron relación de haber recibido el cartel de desafío, y venir, en su virtud, a probarse con los mantenedores; complaciéndose mucho en ser los primeros que al Paso llegaran, y rogando a los jueces que, pues el primer día de las justas era aquel, comenzasen luego, «antes que otros viniessen.» Pero ante todo, los dos jueces nombrados dispusieron que, conforme a las condiciones publicadas acerca de la guarda del Paso, les fueran quitadas las espuelas derechas a los tres caballeros; «por que avian passado cinquenta passos dentro de la liza; fasta que oviessen de comenzar las justas; quando se las avian de restituir a todos.»

Practicose esta ceremonia con toda solemnidad, quedando las espuelas colgadas en el cadahalso de los jueces, sobre el paño Francés que le cubría; y hecho por los Caballeros el homenaje o la declaración de estar allí «fasta probar el aventura si les guardassen las condiciones de los carteles», retirándose todos, dispuestos a comenzar al siguiente día, que era domingo, la honrosa prueba del Paso.

## V

El estruendo de trompetas, clarines y otros instrumentos bélicos, anunciaron, al amanecer del domingo, 11 de Julio, que el torneo iba a comenzar, haciendo los Caballeros su *entrada en el Campo*.

Vitores, exclamaciones y aplausos por todas partes resuenan: la muchedumbre afanosa ocupa la gran floresta, invade las gradas que rodean el palenque, bulle y se agita en torno de las tiendas... Las voces de pages, heraldos y escuderos que van y vienen sin cesar ocupados con los preparativos de la fiesta; el relincho de los caballos que, ataviados con ricos paramentos bordados en oro y sedas, impacientes hollan y escarban el terreno a la entrada de las tiendas, como para avisar a los dueños que es hora de salir a dar pruebas de pujanza y valor en la palestra; el desusado movimiento, el bullicio ensordecedor, atruenan los aires. Cunde la alegría, aumenta la impaciencia de los que esperan; el eco de los clarines repite sin descanso la llamada a los caballeros... Algún que otro guerrero, con bruñida vestimenta armado, calada la visera, que resplandece y brilla a a la luz del sol naciente; provisto de ponderosa lanza y fortísimo escudo donde campea amorosa empresa o soberbio mote; sobre noble y batallador corcel montado, atraviesa a galope la llanura, que treme agobiada con el peso formidable del aventurero cubierto de hierro...

Allá, en torno de la humilde iglesia de S. Juan, que solitaria y triste eleva al cielo su espadaña por cima del hospital que la caridad cristiana levantó junto al camino para ofrecer albergue al fatigado viandante, se observa continuo ajetreo de gente que se disputa un puesto en el templo para ver a D. Suero que, con sus nueve compañeros, asiste al Santo Sacrificio de la Misa y ora devotamente, rindiendo ante el Dios de las batallas la firme lanza con que espera rescatarse y vencer en la lid.

Sueran trompas y timbales, que anuncian la llegada de los ínclitos campeones al palenque del honor. Ronco murmullo creciente retumba en los aires, donde chocan y se confunden en extraña melodía las voces de los heraldos, el bélico son de estruendosos instrumentos y las exclamaciones y gritos de la alborozada multitud, que cual ola gigante avanza, pugnando por asaltar el amplio circo que retiembla y cruge, oprimido en sus asientos.

«Bajo rico dosel en regia silla  
El monarca D. Juan acompañado  
De altos señores magestuoso brilla,  
rPesidiendo el palenque levantado.»

«En el otro balcón que lindas flores  
Le dan adorno en ricas almohadas  
Con bordadura, flecos y labores  
De perlas y oro ardiente recamadas,  
Las damas de los diez mantenedores  
De sus dueñas están acompañadas,  
Cubiertas de hermosura y pedrería,  
Y respirando amores y alegría.»

«Y de la suerte que en verjel o prado  
Entre una y otra flor pintada y bella  
El matiz de la rosa nacarado

Al rojo amanecer brilla y descuella,  
Del aljófár del alba rociado,  
Y a todas vence la hermosura de ella;  
Así en medio de tanta ilustre dama  
Alzase la que a Suero el pecho inflama.» (1)

Llegados los jueces a su cadahalso, publicado el pregón y enarbolado el estandarte en que campean los timbres y blasones del ilustre D. Suero, ábrese la puerta de los mantenedores y por ella penetran en la extensa liza los caballeros. Van en primer término cuatro Reyes de armas, montados en briosos alazanes que ostentan ricos paramentos de púrpura donde lucen bordados los cuarteles de Quiñones: en pos, músicos y tañedores que asordan a la concurrencia con el estruendo de inacordes instrumentos guerreros, atabales y axabebas moriscas que el juez Pero Barba trajera para la fiesta del puente de Orbigo: palafreneros detrás, llevando de los riendas hermosos potros que tiraban de un carro cargado de lanzas con sus fuertes fierros de Milán. Cubrían el carro ricos paramentos verdes y azules, profusamente bordados de flores, entre las cuales se destacaba un árbol en cuyas ramas reposaba magnífico papagayo bordado en sedas de mil colores. Y encima de todo iba un enano, que guiaba el carro. Y rodeados de pages, aparecían luego, uno en pos de otro, los nueve campeones, compañeros del héroe del Paso, ginetes en soberbios corceles de batalla, y lujosamente vestidos con «falsopetos e calzas de grana, uzas azules bordadas de las fermosas devisas e fierros de su capitán Suero, y arneses de piernas e brazales graciosamente parescien-

(1) *Poe. cit. Canto segundo; IV, V, VI.*—Por dar más amenidad al relato copio aquí al Duque de Rivas, que se entretiene largamente en ponderar la hermosura de D.<sup>a</sup> Leonor; pero en rigurosa relación histórica, yo no podría hablar de la presencia del Rey y de la Dama de D. Suero; pues nada dice la crónica de la asistencia de estos personajes al torneo de puente de Orbigo.

tes.» Llevaban paramentados los caballos con costosas telas azules que ostentaban la divisa de Quiñones y un lema que decia: *Il faut délibérer*. En pos de todos y acompañado de D. Juan de Pimentel, hijo del conde de Benavente; de D. Enrique, hermano del Almirante don Fadrique; de D. Pedro de Acuña, hijo del conde de Valencia, y de otros muchos caballeros y ricos-homes, «algunos de los cuales le llevaban su caballo de rienda por honra e por autoridad», viene D. Suero, a cuya vista la regocijada multitud prorrumpe en vivas y aclamaciones. Aparece soberbiamente montado en noble potro cordobés, cuyos ímpetus y ardores doma a duras penas el ancho freno salpicado de adornos de plata y oro. Lleva el caballo magníficos paramentos azules, con la divisa y los cuarteles de Quiñones y el lema que los otros ostentaban. D. Suero viste hermoso falsopeto «de azeituni vellud vellotado verde brocado, con una uza de brocado azei'uni vellud vellotado azul»; calzas italianas de grana y caperuza de grana también; ricas espuelas «de rodete»; dorada espada «de armas» en la mano; y en el brazo derecho, su empresa de oro con letras azules que decian:

*Si a vous ne plait de avoyr mesure*

*Certes ie dis*

*Que ie suis*

*Sans venture.*

Tres pajes, en hermosos caballos montados, seguían a D. Suero, cerrando la marcha. Uno de ellos llevaba paramentado el caballo «de damasco colorado con cortapisa de martas cebellinas, todo bordado de muy gruesos rollos de argenterías a manera de chapertas de zelada»; y cubría la cabeza con fuerte almete, sobre el cual aparecía una figura dorada, que representaba un arbol cargado de manzanas de oro y cuyo tronco rodeaba con sus anillos feroz serpiente, «a semejanza — dice

el cronista—del arbol en que pintan aver pecado de Adan», de enmedio del arbol salía una espada con este letrero: *Le vray ami*.

Con tal orden entró en el palenque D. Suero. Dió con su comitiva dos vueltas por la liza, entre los aplausos de la muchedumbre y el estruendo de las músicas, y se detuvo por fin delante del cadalso de los jueces, a quienes requirió, diciendo: «Que sin respeto a amistad e enemistanza juzgasen de lo que allí passase; igualando las armas entre todos; e dando a cada uno la honra e prez que mereciesse por su valentía e destreza; e que diesen favor a los extrangeros, si por dar alguna ferida a algunos de los defenedores del Honrado Passo, fuesen acometidos de otros, fuera el que con él justase.»

Tras esto, el hijo del conde de Benavente y Mayorga, D. Juan Pimentel, hizo a D. Suero el ofrecimiento de su persona para sustituir a cualquiera de los campeones que por cualquier circunstancia no pudiese concluir la lid, y señaladamente a D. Suero «pues era muy su pariente e amigo.»

Oyó esto D. Enrique, el hermano del Almirante, y al punto declaró debérsele a él, por derecho de prioridad, la tal sustitución; puesto que ofrecido se había a D. Suero antes de aquel día. «E en contra de ambos—dice la crónica—salió D. Pedro de Acuña, fijo del conde de Valencia, disciendo tenérsela prometida a él primero que a ninguno, e que le rogaba se la compliese» D. Suero designó sus sustitutos a los tres caballeros, por este orden: 1.º D. Enrique, 2.º D. Juan y 3.º D. Pedro. Como buen comedido pariente, replicó D. Juan diciendo que, pues D. Pedro de Acuña era su tío, quería cederle su lugar por consideración y respeto.—Y con estas ceremonias terminó la jornada de aquel día; pues «partieron todos de la liza para sus posadas con varios estruendos de muchas músicas que alegraban las gentes; e así se fueron a comer, e pasaron aquella tarde en algunas conferencias.»

VI

*Primer día de combate.*— Amanece el lunes, 12 de Julio de 1434, y comienzan los músicos a tocar alegres alborodas, «moviendo los humores de los peleadores para les poner mayor brío e esfuerzo en sus corazones.»

La extensa empalizada del circo amenaza derrumbarse al formidable empuje de la muchedumbre, que se agolpa ansiosa de presenciar los encuentros de los combatientes. D. Suero en tanto, con sus nueve compañeros, oye misa en la gran tienda, donde tenía «su capilla e altar con preciosas reliquias e ricos ornamentos» (1) después de esto, pasaron los mantenedores a otra tienda, donde a presencia de los jueces se armaron todos «para que viesen de qué armas se vestían.»—Fueron luego los jueces a la tienda del caballero alemán Micer Arnaldo de la Floresta bermeja, quien les hizo saber «que se sentía mal de una mano»: sin embargo de lo cual combatiría; porque antes quería la muerte, que dejar de hacer armas aquel día. Mostró su lanza, armadura y caballo; y fué todo ello «aprobado» por los jueces «sin embargo que el caballo era mejor que el de Suero.»

Ensordecedor estruendo de músicas, vítores y aplausos estalla al presentarse D. Suero en la palestra: saluda desde la puerta de la liza a la multitud que le aclama, y de pronto, hiere los ijares del aligero bridón que, al sentirse herido, bufa, se encabrita, bate con furor la cola y parte veloz como el rayo, levantando en su carrera densa nube de polvo. Detiéndole de repente D. Suero hacia la mitad del circo y allí, apoyado en la lanza, espera al aventurero que probarse con él intenta. Entra

(1) Había en el *campamento*, al decir del cronista, religiosos de la orden de Predicadores, que decían tres misas para los principales caballeros; «una al amanecer, e otra a hora de prima, e la tercera a hora de tercia.»

a poco, por la otra puerta de la liza, el caballero alemán, acompañado «de los dos hermanos Fablas Valencianos, e de otros caballeros, que le quisieron honrar e con buena música.» Los jueces disponen que treinta buenos escuderos «con assaz de ballesteros e de pique-ros» estén listos, para asegurar igualmente el campo a todos; y hacen saber por medio de pregonero «que ninguno fuesse osado, por cosa que sucediere a ningún caballero, dar voces o aviso, o menear mano nin faser seña, so pena de que por hablar le cortarían la lengua, e por faser seña le cortarían la mano.» Pregonose además «que todos los justadores fuesen seguros, que por ninguna ferida que diesen, nin muerte que ficsiesen a sus contrarios, procediendo conforme a las condiciones de la justa, les sería fecho agravio nin fuerza, nin jamás les sería puesto en demanda; de lo qual se ofreció fiador D. Fadrique, Almirante de Castilla, que presente estaba; e assí tambien otros muchos caballeros.» Y por último, que con cada justador entrasen en la liza solo dos criados, uno a pié y otro a caballo, para servirle en lo que fuera menester. Devolviéronle la espuela al caballero alemán, y decidieron los jueces («mucho—dice la crónica—contra la voluntad de Suero de Quiñones») que en vez de acometer con la lanza «sobre el musso» arrancasen los caballeros lanza en ristre.

Iba el caballero alemán soberbiamente armado y montado, luciendo ricos adornos jaldes en vestimenta y paramentos. Por timbre ostentaba en el ancho escudo una siempreviva orlada con esta leyenda: *Así mi fama*. Uno enfrente de otro, esperan los justadores la señal del combate: el sol arranca chispas de fuego y reflejos metálicos que deslumbran, hiriendo la rica ataujía de arneses, petos y crestones: la muchedumbre bulliciosa, como sobrecogida y embargada ante algo superior y misterioso que la domina e impone respeto, guarda profundo silencio, sin apartar las miradas de aquellos



dos osados campeones, que inmóviles como estan en medio de la palestra, parecen fortísimas atalayas de acero que impávidas desafían a los elementos rigurosos...

Suena el clarín: el faraute da la grida «o viva la gala» siguiente: *¡Legeres allér, legeres allér, e fair son de-bér!*... y al punto, cu el parte veloz del arco flecha silbadora, hendiendo los aires con rapidísimo, vertiginoso vuelo, así los dos campeones se lanzan al encuentro, en ristre la arandela, alta la tarjeta, hundiendo en los ijares de sus bridones el rudo acicate, que espolean y clavan sin dolor. Gime la tierra y retiembla la estacada al golpear furioso de los cascos de los corceles, que vuelan a encontrarse... Horrisono fragor estalla de pronto: el polvo envuelve a los combatientes, que en arrebatada carrera y con firmes brazos se encontraron en medio de la liza: salta una lanza hecha astillas, y chispas y vislumbres de los aceros... D. Suero, ardidoso y pujante, encontró al alemán en la arandela primero y en el brazo derecho después, que desguarneció por completo con la formidable embestida de su lanza poderosa, que allí quebró por la mitad.

También el alemán, fornido y diestro, encontró en el guardabrazo derecho a su contrario y se le desguarneció, llevándole un pedazo del borde, mas sin romper la lanza. «E tomó el alemán un común revés, assí por el encuentro que dió, como por el que rescibió, segund vista de los jueces, e del rey de armas, e del faraute.» (1)

Revolvieron animosos los combatientes y tornaron a encontrarse, corriendo hasta cinco carreras, cuyos detalles copio literalmente de la crónica, por dar mayor propiedad al interesante relato:

«En la segunda carrera—dice—encontró Suero al Alemán en el cabo del piastron, e non le falsó e salióle

(1) Aquí señala el cronista la edad de los campeones, diciendo: «Tenía Suero de Quiñones entonces veinte e cinco años de edad, como el Alemán veinte e siete.»

la lanza por só del sobaco, con que todos pensaron quedar ferido: por quanto el Alemán dixo, en rescibiendo el encuentro, *o!as*, e desguarneció el guardabrazo derecho sin romper lanza. El Alemán le encontro en la bavera del almete, rompiendo allí su lanza dos palmos del fierro: e ambos a dos pasaron con muy buen continente sin muestra de revés. A la carrera tercera encontró Suero al Alemán en la guarda de la manopla izquierda, e falsogela, e apuntóle el fierro con la copa della, e desguarneciósela sin romper lanza, e sin revés en alguno dellos, e el Alemán faltó del encuentro. En la quarta carrera encontró Suero al Alemán en el guardabrazo izquierdo, e non prendió nin rompió lanza, e el Alemán non encontró. En la quinta carrera faltaron ambos de se encontrar, mas en la sexta Suero encontró al Alemán en la mitad de la falda del guardabrazo izquierdo, en derecho del corazón: e entro el fierro dela lanza en el guarda brazo e colóle fasta la mitad, mas non le falsó del todo, e rompió su lanza por medio, e el Alemán non encontró. Luego subieron al cadahalso donde los jueces dieron sus justas por complidas; pues avian rompido tres lanzas entre ambos, e les mandaron salir de la liza, e Suero convidó a cenar al Alemán. E ambos fueron llevados muy acompañados e con mucha música a sus possadas, e Suero se desarmó en público.»

Así terminó la jornada del primer día de las honrosas pruebas del puente del Orbigo. Tendió la noche su manto sobre el campamento; los bailadores, fatigados, abandonaron la danza; las gentes se recogieron en sus improvisados aduares, después de comentar los mil incidentes del torneo, el valor de D. Suero y el esfuerzo del Alemán; y mientras en el cielo titilaban con melancólicos fulgores los luceros, sólo se escuchaba en el campamento el canto de algún trovador y el dulce sonido del laud, que quizá mantenía despiertos los ojos de alguna hermosa...

VI (1)

Cada encuentro en los sucesivos días de las pruebas era un nuevo triunfo para los afamados campeones de D. Suero y un timbre más glorioso para los esforzados disputadores, que, atraídos por la fama del torneo del puente de Orbigo, de todas partes acudían a probar en honrosa lid su pujanza, su destreza y su valor. De Aragón, de Valencia, de Cataluña, de Portugal, de Francia, de Alemania, vinieron lidiadores famosos, la flor y nata de la andante caballería; y no fueron los de León y Castilla los que menos se distinguieron en las diarias peleas del Paso.

Arrogante y provocativo recorría la palestra el valiente Lope de Zúñiga una mañana (la del día 30 de Julio) causando admiración a las gentes con su destreza en manejar el fogoso corcel, que con botes, alardes y escarceos entretenía al concurso, mientras público y campeón esperaban la llegada de algún caballero, disputador del Paso; cuando el ambiente ardoroso, que el sol abrasaba desde el zénit, agitó vago sonido de guerrera trompa. Paróse Zúñiga a la mitad del circo y requirió su lanza, tantas veces vecendora, disponiéndose a luchar. Pero he aquí que el faraute Guarín se adelanta por medio de la palestra y llega frente al estrado de los jueces, que, atentos, como el numeroso concurso que presencia la fiesta, escuchan esta relación:

—Sabed que ha entrado en el Paso una señora, acompañada de doncellas; más sin caballero que por ella

(1) Como los demás encuentros ocurridos en el palenque del puente de Orbigo, se diferencian poco de los que acabo de relatar, renuncio a describirles, por no cansar al lector con la repelición de incidentes y detalles que ya conoce. Pero no he de pasar en silencio algunos lances que, por lo originales, merecen recordarse; como son los contenidos en este capítulo.—La crónica relata con minuciosidad, y de la manera que se ha visto con respeto a los encuentros del primer día, todos los combates diarios del Paso.

haga armas. Conforme a las condiciones señaladas para el caso, y que la he dado a conocer, aquí vendrá, a entregaros el guante.

Y en efecto, abierta la tela, preséntase, en lujoso palafreñ montada, una dama arrogante, cubierto el rostro con blanco tul bordado y ajustadas las mórbidas formas por enlutado vestido, cuyos largos pliegues ondean graciosos con el suave movimiento del noble y ligero corcel. Va acompañada de dos doncellas, que con la enlutada señora se dirigen a Santiago, a visitar el sepulcro del Santo Apostol. Llegan acompañadas del faraute, delante del cadahalso de los jueces, que suspensos se quedan, y admirados, al ver el rostro hermoso de la dama; quien con gentil desembarazo, protestó contra la ley del Paso que la obligaba a dejar el derecho guante. Sintiólo mucho también D. Suero, que al conocer a la viajera, que no era otra que D.<sup>a</sup> Mencía Tellez, viuda de D. Gonzálo Ruiz de la Vega, recordó que la había dado seguro, de no encontrar estorbo en el viaje, a su paso por el puente de Orbigo; y mandó que se la entregase el guante, así como a sus doncellas Beatriz e Inés. Pero ya, a esto, el conde de Benavente se había comprometido a rescatar el guante de la dama; lográndolo después de varios encuentros habidos entre él y Zúñiga.

También, y con arreglo a las mismas formalidades, fué rescatado el guante de otra dama, llamada D.<sup>a</sup> Sol; y si estos incidentes no se repitieron, fué porque don Suero dió seguro a las damas, o éstas evitaban pasar por el puente de Orbigo.

—Otro lance, digno de recordarse, es el combate fiero ocurrido entre D. Suero de Quiñones y el duro y altivo caballero aragonés Esberto de Claramonte—Tocábale a D. Suero mantener la lid, en defensa del Paso: el ancho circo rebosaba de gente, que aniosa esperaba al noble campeón, cuyo gallardo porte y cuya destreza en

el manejo de la lanza, eran la admiración de todos, del vulgo ignaro que en D. Suero veía un joven valiente y generoso, y de los entendidos caballeros, que ponderaban la habilidad y la astucia del enamorado mantenedor, para evitar al contrario y alcanzarle rompiendo lanza—Montado en magnífico alazán, «que del Betis pació la verde grama», como diría el poeta, entra en la tela el ínclito Quiñones, luciendo bruñida armadura, que resplandece y brilla, ofuscando la vista, al ser herida por la luz del sol: paramentos ricos, rapacejos y borlones, engalanan al caballo, y desbrava y templea sus ardores rendaje de seda y bocado de plata que el nob'e bruto tasca ufano, salpicándose el pecho de blanca espuma. Inmóvil, apoyado en su larga lanza, espera don Suero en medio de la palestra, que algún aventurero se presente a justar. Ya el sol alcanzaba el zénit, en su carrera por el cielo límpido y sereno, cuando, precedido de un faraute y entre el estruendo de las músicas y el rumor bullicioso del público impaciente, entra en liza un caballero. Su colosal estatura, sus armas ponderosas, sus ademanes severos, el andar reposado a que obliga, templando el freno, a su fortísimo caballo, su porte altivo, hasta la ausencia en el broquel de empresa o mote, imponen respeto y temor a la muchedumbre, que embargada y silenciosa, contempla ora al aventurero, cuyo orgulloso y provocador ademán y apariencia sañuda y fuerte escitan el deseo de presenciar el combate, ora a D. Suero, que, impasible, deja vagar la vista por el anchuroso circo, perdido quizá su pensamiento en el mundo de las ilusiones y recuerdos de su triste amor, y firme sobre su lanza continúa, sin hacer más movimiento que el balanceo gracioso con que le mece el caballo a escarbar con duro casco la arena de la estacada... Suena el clarín: D. Suero revuelve el alazán y se dispone a la lucha. El aragonés apresta el fulgente escudo, donde por timbre ostenta campo de gules y un dragón esca-

moso y fiero; y cuando la señal van a hacer para comenzar la lucha, así, con voz de trueno y tono despreciador, exclama iracundo el recién venido caballero:

—¡Qué! ¿un solo mantenedor osa combatir conmigo?... ¿Un campeón no más sale a oponer su pecho al esfuerzo de mi brazo?... ¡Vengan los diez: a todos juntos desafío; que alientos y valor me sobran para forzar este Paso, contra todos sus defensores!...

Tales palabras irritan la cólera de la muchedumbre, que teme al par por D. Suero, obligado a combatir con aquella fiera... Más Quiñones, que, si al parecer tranquilo, siente incendiársele la sangre en las venas, con mesura y respeto contesta a la altiva baladronada del aventurero:

—No es de caballeros, que se precien de tales, denostar al contrario, cuando con nobleza se ofrece y dispone a luchar. A la lid vengamos prontamente, y excusemos palabras y razones; que el acero probará si es o no bastante un solo campeón para oponerse a vuestro esfuerzo.

Dijo, y hundiendo las espuelas en los ijares del valiente bruto, parte veloz en busca del aragonés altivo.

Dos contrarios torbellinos no se encuentran con más furia en el bramante Océano, que los dos caballeros se encontraron, al escape vertiginoso de sus bridones, en medio de la estacada: treme la tierra y el palenque cruge: atónito el concurso, se esfuerza por ver a través de la densa polvareda que se levanta; y un alarido de cólera y horror resuena, cuando, más bien que vé, adivina que el sañudo Esberto, con tal ímpetu y esfuerzo tanto tocó en el peto a D. Suero, que casi le saca de los arzones y le arcaja del caballo a la arena, por donde rueda el guardabrazo derecho, hecho trizas... Mudo de espanto quedó el concurso, que creyó muerto a Quiñones: Claramonte redobla su altivez y necio orgullo, dando por segura la victoria; más D. Suero, ardiendo en

venganza, sin cuidarse del destrozo de su armadura, rebotándole la ira del corazón, revuelve ligero su caballo, que bufa, inflamando el aire con su aliento; afiánzase en los estribos, arroja al suelo la tarjeta, y acomete furioso, como deshecho huracán, lanza en ristre y suelto el rendaje. Otra vez los dos potentes luchadores se encuentran, bramando de rabia, y cruzan sus armas con fragor horrisono. El aragonés viene como una tromba que arrolla cuanto halla al paso: pero D. Suero soslaya el cuerpo, medio tendido sobre el cuello del corcel, encabrita el caballo, y le empuja de pronto, y así, con tal ímpetu, con esfuerzo y furia tanta acomete y toca a su adversario, que ni armadura ni malla resiste y la acerada lanza hunde en el pecho del aragonés, que cae moribundo, bañado en su sangre, que a borbotones mana de la profunda herida.

Tal y tan funesto desenlace tuvo esta formidable lucha, convertida en sangriento drama por el amor propio de los caballeros, excitado con provocaciones, y vuelto en rabiosa cólera por las dificultades del vencimiento entre dos campeones esforzados y diestros en la lid.

Fué esta la única muerte ocurrida en tan famosas justas; pero hubo, con frecuencia y como era de esperar de tan peligrosos ejercicios, heridos y contusos de gravedad; y día hubo en que la liza permaneció desierta y cerrada, por encontrarse todos los mantenedores asaz maltratados; tendidos en sus camas de campo, donde los «operaba» el bismador. Este forzado abandono de palenque fué causa de un altercado, que pudo traer graves consecuencias, con dos caballeros catalanes, que se empeñaban en justar; y entre los cuales y D. Suero se cruzaron razones y retos singulares que por fortuna no se llevaron a cabo con las armas.

Dignos de recordación son también los encuentros a que dió motivo la presencia del esforzado Gutierre de

Quijada y la del famoso Fernando de Liñán, cuyo arrojo notorio se hiciera en solemnes torneos y memorables lides; pero no podemos detenernos a describirlos, sin hacer prolijo e inacabable este relato (1).

## VII

*Fin de las pruebas y sentencia de los jueces.*—Llegó el lunes, 9 de Agosto, día en que se cumplían los 30 señalados por D. Suero para lograr, con la defensa honrosa de un Paso, su libertad y rescate (2).

Tocaban, pues, a su término, aquellas famosas justas que Quiñones, «con grandes costas, e con grandes trabajos e peligros suyos e de sus nueve compañeros e con muy mayores honras, allí conqueredas mantuvo». Mosen Francés Perobaste, D. Juan de Portugal y D. Fernando de Carrión, quebrado habían sus lanzas en memorables carreras y encuentros con los mantenedores del Paso. El sol declinaba, enviando entre rayos de fuego su beso de despedida a las copas de los árboles: ya no había tiempo para nuevos combates, y en su vista los jueces dispusieron que les fuesen devueltas a sus dueños las espuelas que sobre el paño francés del cadahalso «remanescían». Tres eran: una de García de la Vega, otra de D. Juan de Arnalte y la tercera de Alfón de Luna. Los cuales cabal'eros fueron llamados por los

(1) Al final van los nombres de todos los justadores, con el número de lanzas que corrieron y quebraron en el Paso.

(2) La crónica del Paso cuenta los 30 días comprendidos entre el 10 de Julio (exclusive) —en que se presentó el primer aventurero— y el 9 de Agosto (inclusive).—En la «Crónica de León», escrita por D. José G. de la Foz, se lee: «El lunes, 10 de Agosto, terminó el célebre *Passo Honroso*». Sin duda no se fijó el autor en que el mes de Julio tiene 31 días; y por consiguiente, siendo sábado el 10 de Julio el 10 de Agosto sería martes, y no lunes. No cabe error en la cuenta, cuando la crónica de Rodríguez de Lena dice, textualmente: «Porque aquellos días comenzaron a diez de Julio, y se concluyeron en lunes, vigilia de Sanct Lorenzo, a nueve de Agosto».



jueces, que les dieron gracias por «el buen zelo de su honra, con que se habían ofrescido al peligro de las armas», y les advirtieron que «por non aver fecho armas non habían menoscabado en su honor; pues non quedó por ellos, sinón por la falta de tiempo.»

A todo esto, ya la noche había extendido su manto por los cielos y envuelto en sombras la gran llanura: más D. Suero mandó encender multitud de antorchas y grandes hogueras, que alumbrasen el campo y la liza «para más solemnizar el alegría de haber conseguido el fin deseado en tan honrosa empresa.» Y a la luz de las luminarias y entre el estruendo ensordecedor de las músicas y la gritería y los aplausos de la multitud, presentáronse en el palenque, por el mismo orden y con la misma solemnidad con que entraron el primer día los nueve esforzados paladines. (Faltaba uno, que era Lope de Aller, quien no pudo concurrir con sus compañeros por hallarse en cama, «mal ferido.») Pasaron el campo, y llegados frente al cadahalso de los jueces, detuviéronse y rodearon a D. Suero, quien en presencia de la mucha gente que allí estaba», habló así:

«Señores de gran honor, ya es notorio a vosotros, como presentado aquí hoy ha treinta días con los caballeros Gentiles-omes que presentes son: e mi venida es, para cumplir lo restante de mi prisión, que fué fecha por una muy virtuosa señora de quien yo era fasta aquí: en señal de la qual prisión yo he traído este fierro al cuello todos los jueves continuamente. E porque la razón porque me concerté, fué (como sabedes) de trecientas lanzas rompidas por el asta ó estar en guarda deste Passo treinta días continuos, esperando caballeros e Gentiles-omes que me librasen de tal rescate, queriendo las dichas lanzas conmigo, e con los caballeros Gentiles-omes con quien emprendí esta empresa, e porque yo, Señores, pienso aver cumplido todo lo que debía segund el tenor de mis capítulos, yo pido a vuestra

virtud me querades mandar quitar este fierro en testimonio de libertad; pues mi rescate ya es cumplido. E si yo en algo he fallado, que lo notifiqueis porque yo luego de presente pueda de mi dar razón; ó si algo me queda que faser deba, que yo lo compla e satisfaga, para lo qual me fallo dispuesto e aparejado. E porque assimesmo, Señores, en el dia primero que rescibí este campo, propuse que todos los caballeros e Gentilshombres que han sido en esta empresa conmigo, puedan traer por devisa este fierro, que hasta agora era prisión mía, con condición que cada e quando que por mí les fuesse mandado expresamente que la dexasen, fuessen tenidos a la más non poder traer: empero, honrrossos Señores, la tal condición non es nin fué mi voluntad, que se entienda de mi primo Lope de Estúñiga, nin de Diego Bazán que presentes están: antes digo que la puedan traer como e quando su voluntad fuere, sin que a mi me quede poder de se lo contrariar en ningún tiempo.»

A cuyas razones, uno de los jueces contestó, diciendo:

«Virtuoso Caballero e Señor: como hayamos oido vuestra proposición e arenga, e nos parezca justa, descomos, segund que de la justicia refoir non podemos, que Jamos vuestras armas por cumplidas e vuestro rescate por bien pagado. E notificamos assi a vos, como a los demás presentes, que de todas las trecientas lanzas en vuestra razón limitadas quedan bien pocas por romper: e que aun esas non quedaran, si non fuera por aquellos dias en que non fecisteis armas, por falta de caballeros conquistadores. E acerca de vos mandar quitar el fierro, descomos e mandamos luego al rey de armas y al faraute, que vos le quiten; porque nosotros vos damos de aquí por libre de vuestra empresa o rescate.»

Volvieron a sonar músicas, aplausos y aclamaciones: alegróse el circo con el estruendo de mil vivas, con que

la bulliciosa multitud alborozada demostró al héroe del Paso su admiración y el contento que sentía por la terminación feliz de aquellas arriesgadas y honrosas pruebas, con que D. Suero había conseguido romper las duras cadenas de la esclavitud que él mismo, en su ardiente pasión por la hermosa dama de sus pensamientos, se había impuesto. Felicitáronle los caballeros y ricos-homes que le acompañaban: sus amigos, los valientes paladines que con él habían mantenido bizarramente el campo, se apresuraron a darle plácemes y enhorabuenas; y en tanto, el Rey de armas y el faraute bajan de su cadahalso, y delante de los escribanos, que testifican del acto, con gran solemnidad y muchas ceremonias, rompen la férrea argolla y despojan a D. Suero de aquel signo de esclavitud, que a su cuello llevara tanto tiempo, por los desdenes de ingrata dama humillado y por vehemente amor rendido.

Libre es ya D. Suero: logrado ha su rescate en fuerza de aventuras, en que notoria se ha hecho su gran pujanza y probado ha sido su extraordinario valor: ya puede, orgulloso y satisfecho, presentarse ante su dama; que insensible y fría no ha de mostrarse ahora con un caballero, que de tal modo se la rinde, que en su obsequio no reparó en defender tanto tiempo un paso, contra todos los aventureros del mundo. Bien merecido tiene el apasionado Quiñones el premio de amor, que de su dama con tan vivas ansias solicita y anhela. Y va a buscarle ahora que el término de las justas ha llegado:

«Y al sonar de añafiles y atambores

Sin argolla se rinde ante su dama,

Quien le dice con rostro ruboroso:

¡Alzad, noble Quiñones, sois mi esposol» (1)

(1) *Poe. cit.—último.*

Así concluyó el torneo del puente del Orbigo, que memorable y famoso se hizo en toda Europa. Por falta de tiempo, que no de bríos, no se quebraron las 300 lanzas, señaladas por D. Suero como precio de su rescate. Rompiéronse 166, en 727 carreras con 68 aventureros; más los jueces dieron por corridas y quebradas las 134 que faltaban.

Al siguiente día, martes, levantadas las tiendas, fuéronse los mantenedores, con lucido acompañamiento, en que figuraba lo más ilustre de la juventud leonesa, al palacio de los Quiñones, que estaba en uno de los lugares de su señorío, cercano al paso; y allí celebraron la conclusión de tan famosas justas y descansaron hasta el amanecer del miércoles, que, juntos, se dirigieron a Carrizo, donde oyeron misa, y luego, por Montejos, a León. El pueblo en masa recibió a los famosos paladines, con grandes manifestaciones de simpatía y de entusiasmo, y les acompañó desde su entrada en la ciudad, que verificaron por la llamada puerta gallega, y en todo el trayecto que recorrieron (calle de la Ruanueva y plazuela de S. Isidro), hasta la Catedral. Apeáronse aquí, y entraron en el templo, postrándose para orar delante del altar mayor. Después, y siempre rodeados de amigos y deudos y de numeroso público, se encaminaron al palacio que el padre de D. Suero, D. Diego Fernández de Quiñones, tenía en el barrio de Palat de Rey (Plazuela del Conde).

Hasta pasada la solemne festividad de la Asunción de Nuestra Señora (15 de Agosto), estuvieron en León los compañeros de Quiñones, a quienes obsequió éste esplendidamente, regalándoles a su despedida armas y joyas, como recuerdo de la empresa que juntos habían acometido y terminado felizmente. Regaló también don Suero parte de su bajilla de plata al Rey de armas y al faraute, e hizo pagar bien a todos los artesanos que en el puente del Orbigo habían trabajado y a todos

los pajes, escuderos y criados que le habían servido.

Más tarde fué a Santiago, a visitar el sepulcro del Santo Apóstol, uniéndose a los peregrinos, que aquel año, por ser de jubileo, acudían en gran número a ofrecer sus votos en el concurridísimo y famoso templo compostelano.

Hasta aquí sigue y aquí deja la crónica al bizarro caballero leonés, que con aventura tan singular aumentó la fama de su nombre ilustre y mantuvo el prestigio de que siempre y en todas partes gozaron los nobles hijos de León; portándose en la honrosa lucha con caballeros de todas las naciones cristianas, con la generosidad y el esfuerzo propios de un descendiente de aquellos héroes que murieran, cubiertos de gloria, oponiendo sus pechos, por fortísimas murrallas, a las huestes aguerridas del poderoso Almanzor.

FIN

los países escuertos y crizados que le habían servido.  
Mas tarde fue a Zamora, a visitar el sepulcro del  
Santo Apóstol, unido a los peregrinos, que adu-  
sado por ser de Judío, acudían en gran número a ofe-  
cer sus votos en el concubinario y famoso templo  
compostelano.

Hasta aquí sigue y aquí deja la crónica al bizarro  
caballero leonés, que con aventuras tan singular suenan-  
to la fama de su nombre ilustra y manuvo el prestigio  
de que siempre y en todas partes gozaron los nobles  
hijos de León; porahándose en la honrosa lucha con ca-  
balleros de todas las naciones cristianas con la genero-  
sidad y el esfuerzo propios de un descendiente de aque-  
llos héroes que murieron cubiertos de gloria, oponien-  
do sus pechos por toñimas murallas a las huestes  
guerrizas del poderoso Almanzor.

León. El pueblo se reunió en el patio de la casa  
de su gran manifestación de simpatía y entusiasmo, con  
ciudadanos desde su entrada en la ciudad, que verificaron  
por la llamada puerta gallega, y en  
todo el trayecto sus estancias en la plaza de S. Esteban, Catedral.  
Aparecieron en el templo, postrándose para orar  
delante del altar mayor. Después, y siempre rodeados  
de amigos y conocidos, se encami-  
naron al palacio que el padre de D. Suero, D. Diego  
Fernández de Quiñones, tenía en el barrio de Palal de  
Rey (Plaza del Cond.).

El día pasado la solemne festividad de la Asunción  
de Nuestra Señora (15 de Agosto), estuvieron en León  
los condes de Quiñones, a quienes obsequió este  
expresivamente, regalándole a su despedida armas y  
joyas, como recuerdo de la empresa que juntos habían  
acontecido y firmemente. Regaló también don  
Suero parte de su botín de plata al Rey de armas y al  
farante, e hizo pagar bien a todos los artesanos que en  
el puente del Orbigo habían trabajado y a todos

## APENDICE

**A**LUNQUE ajeno al especial y propio asunto de esta *relación*, mas por parecerme que ha de interesar a los lectores, no he querido terminar mi trabajo, sin dar algunas noticias de la suerte que tuvo en el resto de su vida el héroe a quien hemos conocido en uno, acaso el más culminante y característico, de los momentos de su historia.

Prolija y cansada tarea, a más de dificultosa, me impondría, si hubiera de seguir paso a paso la relación de los mil y variados sucesos que ofrece la agitada vida de Quiñones, en el lapso de tiempo comprendido entre 1434, fecha de la aventura del puente del Orbigo, y 1456, en que murió. Así es que, por tal razón, y por no salirme de los límites de un sencillo apéndice, solo presentaré como una gran síntesis de la historia de D. Suero, en los últimos 22 años de su existencia.

Con decir que, cuando la nobleza castellana, harta ya de sufrir al favorito D. Alvaro de Luna, encendió, por vengar sus agravios, la discordia civil en los Estados del rey D. Juan II, D. Suero se puso al lado de los despechados nobles y combatió contra su antiguo *señor* (el lector recordará que D. Suero, había estado, casi desde niño, al servicio del Condestable), casi está dicho todo, y resumida la historia de nuestro héroe; pues su participación en tan enconadas luchas, fué la causa de todas las peripecias y aventuras que le ocurrieron después. Vencida la nobleza, y hecho prisionero nuestro paisano, hubo de sufrir por largo tiempo los rigores y las venganzas del potente favorito. La *Crónica*

de D. Juan II y la de D. Alvaro de Luna, dan algunos detalles de la historia de D. Suero en este período (1). Recluído estuvo en varios castillos y fortalezas, hasta que en una ocasión pudo escapar de manos de su perseguidor, huyendo al extranjero; logrando de esta manera salvarse de una muerte segura.

Caído al fin el gran valido, y derrumbado rápidamente desde la cumbre del poder, de la grandeza, de la fortuna, al abismo del infortunio y de la ignominia; decapitado por mandamiento de su mismo ingrato y voluble señor, e intrigas y manejos de nobles y personajes cortesanos, aquel de quien el delicadísimo Jorge Manrique dijo:

«sus infinitos tesoros,  
sus villas y sus lugares,  
y su mandar,  
¿qué le fueron sino lloros,  
qué fueron sino pesares  
al dejar?»

desaparecido de la escena del mundo aquel ambicioso privado, político sagaz y diligente, pudieron ya los nobles recobrar su influencia y poderío sin temor alguno; pues no era el rey D. Juan hombre capaz de oponérseles y sujetarles. Y entonces, salieron de las fortalezas los prisioneros; recobraron sus lugares y haciendas los desterrados y volvieron los que, como D. Suero, en extraño país se habían refugiado y escondido.

Aumentó en este tiempo por modo tal y tan grande la preponderancia de la nobleza, que el mejor cortesano hacía bueno a D. Alvaro de Luna; y como se lee en el protocolo del Bachiller Fernán Gómez de Cibdareal

(1) Detalles aprovechados por el fecundo y malogrado escritor Fernández y González para una de sus novelas, donde se habla de Suero de Quiñones.



(médico y confidente de D. Juan II), en unas trovas, que no se sabe cuyas fuesen, que allí insertó el cronista:

«aunque el proverbio cuente  
que las leyes allá van  
do quieren reyes;  
dígoles esta vez que miente,  
ca do los grandes están  
se fan las leyes.»

Sin embargo, D. Suero, a quien los desastres e infortunios pasados debieron servir de utilísimas enseñanzas, vuelto a su país, dejó la vida agitada de la corte por la tranquila de sus estados, y se retiró al pueblo de Barcial de la Loma.

Corría el año 1456; se acercaba una fecha de grata recordación para Quiñones, el aniversario de aquellas famosas justas que en sus años juveniles mantuviera D. Suero, de vehemente pasión amorosa rendido. Quizás repasando estaba en su memoria los nombres de aquellos valientes aventureros que con él y sus amigos midieron las fuertes lanzas; cuando he aquí que uno de los forzadores del Paso, Gutierre Quijada, agraviado aún y rencoroso, después de tantos años, busca pretexto para combatir a D. Suero, de quien desea vengar una herida hecha en su cuerpo y otra, aún, como aquella, no curada, hecha en su amor propio, al ser noblemente vencido corriendo una lanza en el torneo del puente de Orbigo; le desafia, le provoca, le ataca, y al fin en encarnizado duelo le alcanza y hiere mortalmente. El 11 de Julio, el día mismo que se cumplían 22 años desde que D. Suero hiciera entre aplausos, vítores, aclamaciones y músicas su entrada en el honroso palenque del puente del Orbigo. y en lucha con uno de los aventureros que al Paso habían acudido, murió, cerca del pueblo de Castroverde, el ilustre caballero

leonés, honra y prez de la nobilísima estirpe de los Quiñones (1).

(1) Entre las sucintas biografías que de algunos varones ilustres de León y su provincia ha escrito en una de sus obras el catedrático del Instituto de aquella capital y mi maestro, D. Policarpo Mingote, se encuentra, ligeramente apuntada, la de Suero de Quiñones. Y me conviene hacer constar, que no habiendo podido tener a la vista otra obra importante, de donde el Sr. Mingote habrá tomado la mayor parte de los datos para su trabajo, a éste he acudido para los detalles referentes a la desastrosa muerte de Quiñones. Pues es lo cierto, que el más moderno de los cronistas de León, D. Valentín Picatoste, en un librito que publicó en Madrid el año pasado no dice que Quijada pelease con D. Suero, «por vengar una herida que le hiciera éste en el Paso», sino sólo «que en las luchas que poco después tuvo con Gutierre Quijada *enemigo de su familia*, falleció D. Suero, etc. Y es tanto más de extrañar, cuanto que cita el Sr. Picatoste, como una de las fuentes de su crónica, la obra a que aludo del Sr. Mingote.

## LISTA DE LOS CABALLEROS que hicieron armas en el "Paso honroso"

### MANTENEDORES

Suero de Quiñones.—Lope de Zúñiga (o Estúñiga).—Diego de Bazán.—Pedro de Nava.—Alvaro, o Suero, hijo de Alvar Gómez.—Sancho de Ravanal.—Lope de Aller.—Diego de Benavides.—Pedro de los Ríos.—Gómez de Villacorta.

### DISPUTADORES O AVENTUREROS

Micer Arnaldo de la Floresta Bermeja, alemán, corrió 6 carreras y quebró 2 lanzas.—Mosen Juan Fabla, valenciano, corrió 19, quebró 3.—Mosen Pero Fabla, idem, corrió 5, rompió 3.—Rodrigo de Zayas, aragonés, corrió 23, rompió 3.—Antón de Funes, idem, corrió 15, rompió 3.—Sancho Zapata, idem, corrió 19, rompió 3.—Fernando de Liñán, idem, corrió 14, rompió 1.—Francisco Muñoz, idem, corrió 16, rompió 2.—Mosen Gonzalo de Leori, idem, corrió 18, rompió 4.—Juan de Estamari, idem, corrió 8, rompió 3.—Joñe Jardín, idem, corrió 3, rompió 3.—Francisco de Faces, idem, corrió 27, rompió 3.—Mosen Per Davio, idem, corrió 23, rompió 2.—Mosen Francés Davio, idem, corrió 23, rompió 2.—Vasco de Varrionuevo, corrió 7, rompió 3.—Juan de Soto, corrió 24, rompió 3.—Diego de Mancilla, corrió 1, rompió 1.—Rodrigo de Ulloa, corrió 7, rompió 3.—Juan Freyre de Andrada, corrió 3, rompió 3.—Lope de Mendoza, corrió 6, rompió 3.—Juan de Gamoz, catalán, corrió 9, rompió 3.—Mosen Bernal de Requesenes, idem, corrió 8, rompió 3.—Pedro de Vesga, corrió 21, rompió 3.—Juan de Villalobos, corrió 8, rompió 3.—

Gonzalo de Castañeda, corrió 5, rompió 2.—Alonso Quijada, corrió 12, rompió 3.—Bueso de Solís, corrió 11, rompió 3.—Juan de Castellanos, corrió 5, rompió 3.—Gutierre Quijada, corrió 4, rompió 3.—Rodrigo de Quijada, corrió 2, rompió 2.—García Osorio, corrió 8, rompió 3; Diego Zapata, corrió 20, rompió 3.—Alonso de Cavedo, corrió 19, rompió 3.—Arnoa de Novalles, aragonés, corrió 20, rompió 3.—Ordoño de Valencia, corrió 10.—Rodrigo de Xuara, corrió 17, rompió 2.—Juan de Merlo, corrió 3, rompió 2.—Alonso Deza, corrió 13, rompió 6.—Galaor Mosquera, corrió 4, rompió 3.—Pero Vazquez de Castilblanco, corrió 22, rompió 3.—Loque de la Torre, corrió 6, rompió 4.—Martín de Arneyda, corrió 14, rompió 3.—Gonzalo de León, corrió 18, rompió 2.—Juan de Soto, corrió 14, rompió 3.—Juan Vazquez de Olivera, corrió 19, rompió 3.—Pedro de Linares, corrió 16, rompió 1.—Antón Deza, corrió 5, rompió 3.—Juan de Carvallo, corrió 20, rompió 2.—Pedro Carnero, corrió 8, rompió 3.—Pedro de Torrecilla, corrió 4.—Diego de San Román, corrió 9, quebró 2.—Pedro de Negrete, corrió 5, rompió 3.—Alvaro Cubel, corrió 5, rompió 3.—Pedro de Silva, corrió 12, rompió 3.—Juan de Quintanilla, corrió 4, rompió 3.—Gonzalo de Barros, corrió 4, rompió 2.—Martín de Guzmán, corrió 15, rompió 3.—Mosen Riembaos de Cervera, catalán, corrió 1, rompió 1, Mosen Franci de Valle, catalán, corrió 1, rompió 1.—Esberto de Claramonte, aragonés, *desdichado*, corrió 9, rompió 1.—Micer Luis de Aversa, italiano, corrió 5, rompió 1.—Pero Gil de Abreo, portugués, corrió 4, rompió 1.—Arnao Bojué, bretón, corrió 2, rompió 2.—Sancho de Ferrera, corrió 2, rompió 2.—Lope de Ferrera, corrió 6, rompió 1.—Mosen Francés Perobaste, corrió 12.—Don Juan de Portugal, corrió 2, rompió 1.—D. Fernando de Carrión, corrió 15, rompió 3.

— Estos sesenta y ocho aventureros respondieron al re-

to de Quiñones, viniendo a medir sus armas con los defensores del Paso. Y, como dice la crónica, «solos estos e por esta orden conquistaron al Honroso Passo, combatiendo peligrosamente con los diez mantenedores», y quebrando lanzas en el palenque más famoso y concurrido del siglo xv.

NOTA.—Hecha la tirada del primer pliego de este folleto, y cuando ya no había tiempo de enmendarlo, la Junta organizadora de la Exposición leonesa acordó aplazar para el día 27 la apertura del Certamen regional, que se había anunciado, y así lo dijimos nosotros a la cabeza de este trabajo, para el 20 de Septiembre. Sirva, pues, esta nota, para rectificar nuestro involuntario error.

---

(1) La «Crónica de León», escrita por el Sr. la Foz, trae una lista incompleta de los aventureros que llegaron al Paso; pues inserta cuarenta y nueve nombres nada más; y aún incurre en algunas equivocaciones respecto al número de lanzas corridas y quebradas.



